

## SOCIEDAD

ADMITIR

E

## Las dos opciones: mostrarse o no mostrarse

## Daniel, público y notorio

Por C.A.

Da clases de dibujo. Se lleva bien con los chicos. No quiere ser padre. Fue un poco de todo. Dos años se los pasó como un *border* de los ochenta, en Buenos Aires, haciendo dinero con sexo. "Era más un trabajo fácil que la necesidad imperiosa." Tuvo un novio que era el hijo de un comisario y con él vaciaban billeteras de empresarios. El era hermoso. Todavía lo benefician los rasgos y es imposible darle los 36 años que tiene. Usa una barba candado, un jean de tela setentosa, una camisa y un collar de cuentas que podría ser bahiano. Porque también vivió en Brasil. Está de regreso en Córdoba hace un año. Necesitó la familia, cansado, el reparador afecto de la sangre.

Es portador del virus HIV y dice que no está en tratamiento porque no confía en los desarrollos médicos en boga. Le comentan la última noticia mundial, la de que podría conseguirse un freno para la enfermedad a partir de un experimento hecho con la orina de mujeres en los primeros meses de embarazo. Interpreta a un chico tomando la sopa con la nariz apretada para soportar el asco que le daría semejante receta. Es cómico. Daniel Tortosa es el presidente de la Asociación Sol y está embarcado con un grupo de cordobeses en construir un hospital de día para enfermos de sida. Es un chico muy activo. Lo es desde temprano. Comenzó a tener sexo a los once años. Dice que llegó a mirar con deseo cierto y reconocible a su padre. Y que recuerda ser niño y verle la crispación en los ojos.

La escuela fue brava. El interesante a sus compañeritos en el arte de amar, pero "los chonguitos desaparecían y me dejaban a un costado apenas estaban con otros. Durante años tuve sexo sin poder besar porque ellos piensan que eso ya no es de machos". Suspira cuando revive la primera boca enamorada, ya adolescente. Fue duro, dice hasta los dieciséis años. A esa altura ya era alto, espigado y caminando por las zonas especiales de Villa Constitución, donde nació, "podía levantarme al que se me antojaba". La visibilidad ni siquiera fue algo que se cuestionara. Naturalmente siempre fue público que él era gay. Con su familia, con cada uno de los que lo conoce. Como ahora es público que tiene HIV. "Todo lo no dicho es evidencia más que lo nombrado", le asegura a uno de los que todavía oculta su homosexualidad.

Dice que está seguro de que el virus llega cuando uno quiere. No estaba nada bien él en la época en que se contagió. "Son elecciones", sentencia. Los demás lo miran asustados. Claro que no como aquel amante, con el que se revolcaba por las paredes de la Piaf, el boliche, y que lo acorralaba a susurros hasta que él le dijo nos tendremos que cuidar porque soy portador. La lividez de esa cara no la olvida, y se le ríe. Público y notorio. Con ese ademán que lo diferencia y lo hace.

## Raúl, la vida en sombras

Por C.A.

Es de un pueblo del interior de Tucumán. Uno de esos pueblos de ocho mil habitantes, donde la vida privada es apenas un ejercicio de higiene, porque todo lo que acontece lo dicen y lo reforman, como cronistas sociales, las chusmas, el cura, las damas de la caridad, el Club de Leones, el de bochas y el único bar. Por eso nadie, nadie, sabe de boca suya que él es un gay asumido. "Más que visible, invisible", se define Raúl, un estudiante de derecho de 23 años. Lleva dos en esta ciudad como universitario, pero ni aun así ha sido capaz de contarle a su mejor amigo. No lo sabe nadie, o mejor dicho sólo lo saben sus aventuras.

Lo deben suponer, claro, por los signos particulares de sus visitas. El comparte departamento con su hermana. Antes todo era un poco más holgado, cuando era adolescente en su pueblo y todavía no probaba el sexo con hombres. "Allá creo que la mitad es gay tapado. Pero hace dos años mataron a uno, y entonces lo que empezaba a aparecer volvió a esconderse." Vivió en Córdoba dos años. Justo la noche anterior a volver Tucumán se atrevió. Fue a uno de los boliche gays, se levantó a un chico, se lo llevó a la cama, y ya no tuvo dudas de que los prefiere. Sin embargo hasta hace unos meses salía con chicas, las seducía, pero sólo para hacer creíble ante el resto su versión mentirosa de macho argentino. "Me da un poco de vergüenza acordarme de eso, entendí que era dañino para ellas y para mí".

Fantasea con la idea de dar el grito. De contar que está en el Encuentro porque moría de interés por escuchar otras historias. Moría de ganas de conocer. De festejar con sus amigos el noviecito que conoció, que no lo suelta de la mano, como si el fuera un globo rojo. "El me ha hecho entender algunas cosas nuevas. Me voy con ganas de pensarlo."

La historia de su vida le parece breve. Es joven, pero más joven aún es su cuerpo masculino y sus contactos como gay. Todavía ni siquiera gatea su vida de homosexual. Porque sólo sabe cómo actuar en la sombra. Cuenta con soltura esa capacidad desarrollada para la clandestinidad. Habla de "blanqueo", de ese momento en que la situación ilegal, prohibida, peligrosa, se legaliza y entonces se descubre que la pena no es tanta. Al menos eso es lo que quiere creer.

"Yo imagino que mi padre se muere, que le cuento y no lo soporta." Su padre es el médico del pueblo. Y es el padre del puto del pueblo, en los términos en que la radio popular lucea lo ha definido en los últimos tiempos. "Empiezo dentro de poco con mi amigo. Tengo miedo de que no lo soporte y de perderlo, pero lo voy a intentar aunque sea con él", se propone en voz alta. Peinado con una raya al costado de prolijidad obsesiva, se va por entre los árboles, y silba bajo.

Por Cristian Alarcón

▲ Doctor —le comentó por lo bajo al médico militar que lo había encontrado apto para el servicio—. Yo no puedo hacerlo.

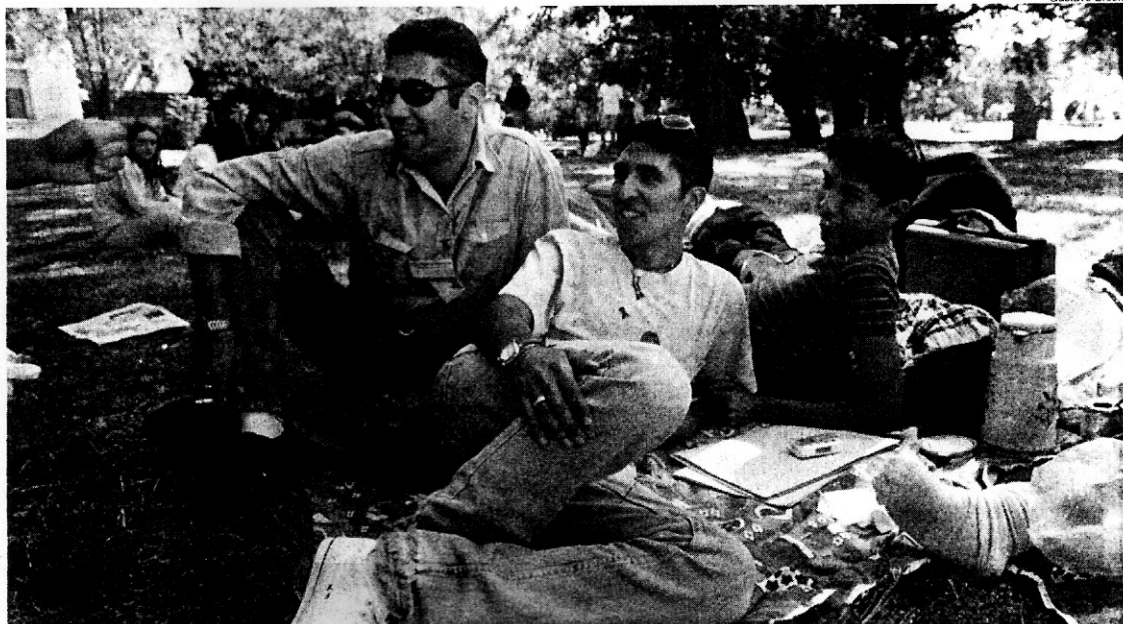
El médico le preguntó por qué. —Soy gay.

Pano lo dijo en voz alta por primera vez porque ésa era la única verdad que podía salvarlo, y continuó haciéndolo con la cotidianidad de los gestos más comunes. Pano se llama Cipriano Navazo, estudió filosofía y en la práctica es periodista. Llegó de La Rioja como un independiente más entre los muchos que participaron del III Encuentro de Gays, Lesbianas, Travestis, Transsexuales y Bisexuales en Córdoba. La reunión anual de las minorías sexuales estuvo atravesada por un tema que terminó imponiéndose como nudo gordiano de los efectos que la discriminación produce. Ser visible significa asumir públicamente, o al menos en cada lugar en que se vive, trabajo, barrio, consorcio, familia, la cotidiana vida, la elección sexual propia. Los travestis que asumen la visibilidad como obligatoria no se plantean el dilema de dejarse ver. La situación es compleja para gays y lesbianas. En esta nota se cuentan historias de gays que eligieron ser visibles, de otros que conviven a media luz,

O NO LA IDENTIDAD GAY: UN TEMA DEL CONGRESO DE MINORIAS SEXUALES

# temor de salir a la luz

La reunión de minorías sexuales en Córdoba estuvo marcada por un tema: la visibilidad. Reconocerse o no públicamente como homosexual. Aquí se cuentan las historias de los que decidieron ser visibles, los que se muestran a media luz y los que optan por el secreto total.



Un momento del Encuentro de Gays, Lesbianas, Travestis, Transexuales y Bisexuales, en Córdoba. Varios prefirieron ocultar el motivo de su viaje. "El correntino" teme que sus padres sospechen.

y de algunos que prefieren la reserva total ante casi todos.

Pano muestra el documento y le resulta en verdad encantador el sello azul que le pusieron en una página hace veintidós años. Pano señala muerto de risa donde dice "Causa: artículo 33". Poco después la "visibilidad" que eligió le dio un navajazo parado frente a un altar. En misa, un domingo de 1978, el cura esperó a que él caminara hacia su mano, que abriera la boca, que estirara levemente la lengua. Entonces, en voz alta, lo excomulgó. "No estás en condiciones de recibir el cuerpo de Cristo", dijo el sacerdote, y apretó los dientes.

## El juego de los indicios

Aunque hay más correntinos en el encuentro, él es "el correntino". "Vení Irupé", le dice uno desde el grupo que habla y él imita a una gacela al caminar. El correntino se siente incómodo con las excusas que tuvo que dar para justificar su viaje al encuentro. Y lo más probable es que si la televisión habló del evento en su provincia, sus padres deben sospechar de sus motivaciones turísticas. Una de las máximas, en la mayoría de los gays que aún ocultan su elección ante la familia, es que papá y mamá, así como los vecinos, y los compañeros de trabajo o de escuela tienen indicios y modos sobre los que sospechan. En el caso del correntino, aunque no es "visible" porque no lo dice, la sinceridad le aflora en el cuerpo. La visita a un lugar tan lleno de gente diferente, o al menos parecida a él, lo movilizó y no sabe cuánto tiempo va a continuar sin mostrarse.

Corrientes decidió "ocultar pero no mentir". Utiliza el silencio y reconoce que a veces hace "cosas para ser enigmático". Usa el juego de las sospechas, a las que reconoce porque siempre vienen por lo obvio, porque nunca una novia, por la suavidad de los modos. Es el juego de especular entre esa

verdad no dicha y el mutismo que se impone entre los sospechados. Lo hace porque no sabe si podría soportar "la guerra que se provocaría en la familia, entre los que entenderían y los que no". El tendría a sus hermanas a favor, a sus

**Castigo: El cura esperó a que él caminara hacia su mano. Entonces, en voz alta, lo excomulgó. "No estás en condiciones de recibir el cuerpo de Cristo", dijo.**

hermanos en contra, y a sus padres, cree, "los perdería para siempre".

La presencia de un padre amenazador en las historias que se cuentan es la traba más grande al momento de decir que se es gay en cada una de las aldeas en las que el gay vive. Daniel Tortosa cuenta: "Paseábamos un domingo con un novio, él tenía 18. Muy contentos los dos, con la manito en el hombro del otro, y de repente frenó un Chevy, bajó un tipo y

'Así te quería agarrar, puto de mierda', empezó a insultarlo y a pegarle. Lo metió al auto como la cana. Y después, cuando lo volví a ver supe que le dieron electroshock y hormonas en un intento por reformarlo". Ante el riesgo de la colimba, aquella confesión redimidora de Pano fue una apuesta fuerte en plena matanza. En La Rioja ya habían asesinado al obispo Enrique Angelelli y ser revolucionario a veces no resultaba tan alentador para quienes torturaban como ser gay. El decidió estudiar en Córdoba y escapó de su provincia. Regresó después de años de filosofía y seminario. Derivó en periodista. Ahora tiene un programa donde sigue diciendo lo mismo que dice el sello en el documento, en formatos más encantadores, mezcla de literatura y denuncia de asesinatos de maricas. Pano, en una rueda de diez, es el único que admite no tener vergüenza de piropear a un hombre por la calle.

## El resentimiento

"A mí me inhibió un botellazo

Gustavo Ercole



Daniel nunca ocultó que es gay en su familia.

"Lo no dicho se evidencia más que lo nombrado", dice.

en la cabeza". Habla un rubio de lanas que calza jean a lo Stone, y remera. Se llama Osvaldo. Tiene pinta de militante de izquierda y lo es. Recaló en el MST, después de una serie de intentos en otras tantas siglas. Pero todo había em-

**Familia: "Me jode no poder llevar una vida normal de familia y por eso mismo mi relación con ellos es pésima. Tengo un resentimiento que no puedo racionalizar".**

pezado en el otrora cenáculo machista cordobés, el Colegio Monserrat. "En mi curso se cumplió el tradicional 10 por ciento." Comenzó a decirlo naturalmente el día en que su última novia insistió en que volvieran a estar juntos. Tenían dieciséis años. "Eramos compañeros de la Federación Juvenil Comunista. Ella quería intentarlo. Ella, tan joven, ya era de esas mujeres que intentan redimirnos."

Con sus amigos fue fácil. Una noche en una fiesta se fue al nuevo boliche gay de Córdoba, hace diez años, y dijo: "Si vuelvo con un chico no se asusten". Todo ese año que trabajó en una fábrica de autopartes llegó a decirse a cuatro compañeros. "Aunque de lo único que se habla es de gastar a los putos. El machismo es exacerbado. Obviamente a uno, que encima tiene conciencia gay, le da mucha bronca ser explotado como todos y encima tener que ser marginado, pero algunos lo entendieron bien".

Su padre no lo sabe. Ni lo sabrá. Con él directamente no habla. "Me jode muchísimo no poder llevar una vida normal de familia y por eso mismo mi relación con ellos es pésima. Tengo un resentimiento que no puedo racionalizar. Ellos consideran que todo lo que soy es una mierda. Digamos que a él no se lo digo porque estoy seguro de

que no lo va a entender". A ella sí se lo dijo. Fue hace unos tres años. El había intentado un suicidio en la última de sus crisis. No se ocupó de tapar los cortes en las muñecas.

—¿Qué te pasó? —le preguntó su madre en la cocina.

El le vomitó la verdad.

—Ojalá me hubiera hecho un aborto —lo contestó ella.

Marcelo Aguirre, dirigente de la CHA, Comunidad Homosexual Argentina, dice: "La invisibilidad es la principal arma de una sociedad discriminatoria. Preserva la discriminación, porque lo que no se ve no existe, y no vale la pena preocuparse de lo inexistente. Además fomenta el aislamiento. Frente a eso el terreno de la invisibilidad es tierra fértil para que crezca cualquier prejuicio". Aguirre cuenta que no hay números sobre la totalidad de las discriminaciones pero un extraño testeo televisivo los hace ver el cambio que se insinúa. "Nos llamaban de los talk-shows y nos pedían que armáramos las tribunas para tratar temas gays. Hoy ya ni lo hacen, no lo necesitan, hay visibles por todas partes."

Yayo, lentes negros, boca grande, dice: "Sinceramente el hecho de que uno sea visible es una decisión sólo personal y no es algo que te imponga sí o sí la sociedad". Tiene 35, desde los diecinueve que todos saben que es gay. Criado entre los mormones, debía salir de misión. La última entrevista antes de la partida era con el obispo. Y el obispo era su padre. No tuvo miedo. El obispo fue más padre que autoridad de la iglesia. Claro que es de la idea, una de las ideas más comunes entre los padres de gays, de que puede ser tolerable que su hijo sea homosexual, pero va a ser imposible que siendo homosexual sea feliz. A Yayo no le preocupa semejante desconfianza. Dice sólo empeñarse por atrapar el deseo, siempre visible, imprevisible, que descuartiza, con el tacto, cualquier mito.